

Adela Goldbard / *A World of Laughter, A World of Fears*

María Virginia Jaua

Hace un año, con respecto al momento en que escribo este texto, el 18 de noviembre de 2017 en Bixby Plaza, Pomona College, Adela Goldbard presentó *A World of Laughter, A World of Fears* (Un mundo de risas, un mundo de miedos).

Esta obra sigue la línea trazada y desarrollada por la artista en la serie “Paraalegorías” (2013-2015) y que comprende trabajos de performances pirotécnicos en video como: “Lobo”, “ATM”, “Pemex”, “Coca Cola” “OXXO” y “Microbús”, pero también en “La Quemada pública”, su primera acción pública con fuego.

Digamos que estos trabajos de Goldbard de alguna manera reúnen una cantidad diversa de elementos que van desde la cita del “suceso trágico” —que hace ya tiempo en México ha rebasado lo extraordinario para volverse algo dentro del orden cotidiano— hasta lo festivo que se puede encontrar en el placer que produce romper algo como una piñata, en el estruendo sonoro y la alegría lumínica del juego pirotécnico, en la tradición barroca de la alegoría, en la fiesta y en la fatalidad, a la que muchas veces va unida.

Es decir, como su título anuncia, la de Goldbard, se trata de una obra que reúne en un oxímoron fugaz la risa y el llanto; el infortunio que irremediablemente va unido al delirio y a las ganas de vivir.

En ese sentido *A World of Laughter, A World of Fears* es un paso más allá dentro de esa línea de trabajo que la artista ha venido desarrollando. La obra consiste en una gran puesta en escena en un exterior nocturno. En medio de la oscuridad, vemos algunos elementos que representan la flora del “paisaje mexicano”: cactus, nopales y diversos tipos de arbustos. A esta escenografía se suma una intervención sonora en la que se escuchan los gritos de una multitud de voces que expresan descontento y reclamos hacia la “autoridad” quizás también son las voces de las víctimas de la tragedia que ocurrió o que está a punto de ocurrir. En

medio de todo aquello aparece el personaje principal: un fantasmagórico pesero, que es como se conoce en México al transporte “colectivo”.

Los ánimos comienzan a calentarse debido a que el enojo de la gente lleva mucho tiempo acumulándose tras décadas de violencia, injusticia, impunidad y todo tipo de atropellos. Pero llega un momento en que la presión y la violencia hacen estallar al “colectivo”, literal y metafóricamente representado por el “pesero”.

Primero se produce una explosión, luego una sucesión de pequeños estallidos, más tarde saltan chispas, el fuego se propaga, retumban las detonaciones, y el fuego alcanza también al paisaje que termina por convertirse en una fiesta de juegos pirotécnicos que se anima y silba.

De pronto, las detonaciones terminan por acallar a la multitud, pero quizás también se extiende el silencio gracias a la fascinación y el deleite que produce en nosotros la hipnótica visión del fuego.

En medio de la fiesta de explosiones y de luces “el pesero” no consigue despojarse de su aire de abandono, su carácter lúgubre y siniestro. Hasta que —como habíamos estado esperando— ese transporte vacío, que no lleva a nadie en el interior, pero que alegóricamente representa a la comunidad, también estalla por dentro y arde en llamas.

En el crepitar del fuego ese colectivo “habla” aunque parezca no decir nada por no estar “presente”. Dice algo acerca del miedo que reposa sobre el enorme mercado de pólvora en que se ha convertido la geografía mexicana. Dice algo acerca de la risa que cuando intenta acallar al miedo se convierte en una mueca.

También dice algo acerca del fuego... Que una vez hecho espectáculo se transmuta en una ofrenda para que la noche verdadera regrese y vuelva a ser aquella noche en la que nada suena. Una noche apacible en la ya no se escuche ningún reclamo, ninguna consigna, ninguna queja, ninguna explosión, ningún disparo, ninguna voz desgarrada por lo real.